

Plan de Convergencia 1991-1996

## España, a remolque de la CE

Por Guillermo Cid Luna

Por José Luis González Quirós

Es frecuente escuchar advertencias de alarma frente a la emergencia de extremismos de derecha y de indicios de xenofobia que se han consagrado con fuerza en Francia y Alemania. Nunca sobran las advertencias de buen corazón, pero no estaría de más examinar con detalle las carencias que procuran aquellos excesos porque, con frecuencia, los síntomas pueden desorientar respecto a la etiología. Instalados en el «fin de la historia», podemos olvidar que tal cosa es poco más que un «slogan», y olvidarnos de las peculiaridades locales que en política lo son casi todo: en Italia, por ejemplo, los resultados no se pueden valorar bien sin olvidar la peculiar cruzada contra el sistema llevada a cabo desde la presidencia de Cossiga.

Los políticos harían bien en tomar nota de lo que tal vez sea la lección más general: los electores no van a seguir endosando las descalificaciones del contrario como méritos propios, entre otras cosas porque «el Otro» ha dejado de existir. Hay muchos problemas en nuestras prósperas democracias y los ciudadanos parecen confiar más, pese a todo, en quienes se fajan con ellos y procuran formular respuestas creíbles y adecuadas, que en quienes parecen estar dispuestos a cambiarlo todo con tal de llegar, o de seguir, arriba. ■

José Luis González Quirós es doctor en Filosofía y escritor. Subdirector de NUEVA REVISTA.

EL Plan de Convergencia 1991-1996 que España debe presentar a la CE, modifica —era inevitable— los datos contenidos en su primera versión, publicada en el anterior número de NUEVA REVISTA. Los resultados de 1991 avanzados por el INE los han invalidado, llegando a corregir, a veces sustancialmente, también los correspondientes al año actual. Aún así, no creo que se consiga que el PIB crezca un 3,0% y mucho menos aún que se creen 76 mil empleos netos. En mi opinión, a lo largo de ese año se destruirá más empleo que en 1991: aproximadamente 60 mil empleos entre diciembre de 1990 e igual mes del pasado año.

La política económica socialista en su década de gobierno ha conducido, año tras año, a una ineficaz asignación de los recursos realmente grave y a unos costes sociales que se reflejan en nuestra alta tasa de paro. Si se quiere converger en una medida razonable con las economías más desarrolladas de la CE, el gobierno socialista tiene que olvidar su política económica y dar un giro de ciento ochenta grados. A ello se resisten algunos ministros, el sector guerrista del PSOE y los sindicatos.

Sin embargo, la progresiva publicación de los distintos indicadores económicos en lo que va de año señala, sin lugar a dudas, un estancamiento de la inversión, una aceleración de las tendencias inflacionistas, un rápido creci-

miento de las necesidades de financiación del sector público y un empeoramiento del déficit corriente motivado, básicamente, por el deterioro del déficit comercial. Como enero suele ser un mes en el que se acusan importantes variaciones estacionales, la prudencia inclina a esperar a conocer los datos de marzo; pero si en ese mes continúa empeorando la tasa de inflación, el déficit comercial, el ritmo de crecimiento de los gastos públicos corrientes y no mejora la actitud inversora, el análisis coyuntural concluirá, inevitablemente, en una valoración sombría respecto a la evolución del proceso de ajuste en 1992.

### Gasto público

A diferencia de lo que afirma el ministro Solchaga, el principal problema de la economía española no es su elevada inflación —cualquiera que sea el indicador por el que se mida— sino la pésima estructura del gasto público y su desorbitada tasa de crecimiento. Es verdad que resulta necesaria una evolución moderada de las rentas; pero no se puede reducir el problema exclusivamente a la evolución de las rentas salariales. De hecho, los precios del sector primario y secundario, es decir, de la agricultura y de la industria, se están comportando razonablemente bien —aunque, sin duda, parte de esa evolución

*Si se quiere converger en una medida razonable con las economías más desarrolladas de la CE, el gobierno socialista tiene que olvidar su política económica y dar un giro de ciento ochenta grados. A ello se resisten algunos ministros, el sector guerrista del PSOE y los sindicatos*

## Panorama

|                                 | Datos Presupuestos 1992 |          | INE (a) | Plan de Convergencia |          |      |
|---------------------------------|-------------------------|----------|---------|----------------------|----------|------|
|                                 | 1991 (p)                | 1992 (p) | 1991    | 1992 (b)             | 1992 (c) | 1993 |
| PIB                             | 2,7                     | 3,3      | 2,4     | 3,1                  | 3,0      | 3,3  |
| Deflactor consumo privado       | 5,8                     | 5,3      | 6,3     | 5,3                  | 5,8      | 4,6  |
| Endeudam. Adm. Públicas (% PIB) | -                       | -        | 45,6    | 45,7                 | 45,8     | 45,8 |
| Déficit Adm. Públicas (% PIB)   | -3,5                    | -3,1     | -4,4    | -3,9                 | -4,0     | -3,5 |
| Empleo (miles)                  | 88                      | 203      | 30      | 126                  | 76       | 203  |
| Inversión                       | 3,4                     | 5,0      | 1,6     | 4,0                  | 3,2      | 5,1  |

(a) Avance. (p) Previsión. (b) Inicial. (c) Actual

lleva consigo una caída acelerada del excedente empresarial, con la consiguiente incidencia negativa en la tasa de inversión— mientras que no sucede lo mismo con los del sector servicios, cuya tasa anual ronda los dos dígitos.

Además, no se debe caer en la simplificación de reducir el sector servicios al turismo, ya que dentro del mismo se encuentran no sólo transportes, correos, teléfonos, etc. sino también todo el sector financiero, desde bancos y cajas hasta compañías de seguros.

Si no se reconocen los hechos y los datos tal como son o bien las medidas que se adopten no tendrán la eficacia que debieran o bien se creará un estado de confusión entre los agentes económicos, privados y públicos, del que será inútil esperar resultados positivos. Así, es cierto que el peso del coste salarial por unidad producida es más bajo en España que en los países de la CE; pero es igual de cierto que nuestra productividad es también inferior.

Por esta razón, si los costes salariales nominales crecen de manera inmoderada —sin verse acompañados por el necesario aumento de la productividad— llegará un momento en que la competitividad favorable a España por este concepto desaparecerá; y con ella, antes o después, la empresa o las empresas, el subsector o el sector de que se trate. Al mismo tiempo, es necesario que el gobierno acepte —y actúe en consecuencia— un efecto económico confirmando año tras año: que la excesiva presión fis-

cal directa —IRPF— sobre las rentas del trabajo por cuenta ajena, conduce casi automáticamente a demandas de alzas salariales demasiado elevadas ya que, en definitiva, lo que importa al trabajador es el salario neto.

### Competencia exterior

El hecho de que la inflación se resista a descender en el sector servicios —y en algunos casos de monopolio o de oligopolio de hecho— constituye una confirmación clara de los positivos efectos de la competencia exterior; porque es el sector servicios el que se encuentra muy o totalmente protegido frente a esa competencia. El cambio que tiene que afrontar el gobierno español no es pequeño.

El costo económico de una reconversión que no ha alcanzado sus objetivos desde que se inició hace siete años y el aumento del desempleo a que ha dado lugar, constituyen un buen ejemplo de lo que digo. En este sentido, se entiende muy bien que ahora Fernández Marugán estime en un billón de pesetas el costo de la reconversión de un solo sector: el siderúrgico. Añadan, Hunosa, las empresas públicas con pérdidas —el INI pobre— y las dificultades tremendas que va a plantear la financiación de las pensiones y de la sanidad y educación públicas.

En dos meses el IPC ha crecido casi la mitad de la cifra prevista por el gobierno para el conjunto del año; los déficit comercial y

corriente se han deteriorado notablemente; y se han agravado seriamente las necesidades de financiación del sector público. En lo que queda de año, la política fiscal y presupuestaria no va a poder aportar nada al proceso de ajuste. En este terreno la suerte ya está echada. El margen de actuación de la

política monetaria, en estos primeros días de abril, es prácticamente nulo, ya que cualquier pequeña elevación al alza de los tipos de interés situaría a la libra esterlina fuera del SME. Por tanto, la política económica del gobierno le ha llevado a un callejón en el que la única salida es depositar su esperanza en la moderación de las rentas salariales; porque el excedente empresarial se ha reducido tanto, que el problema radica en cómo ensancharlo para propiciar una recuperación de la inversión.

En todo caso, los sindicatos deben tener en cuenta —y mucho más los trabajadores— que el ritmo de crecimiento de los costes laborales unitarios nominales en España, en los últimos años, está a punto de hacerse insostenible. Y los datos son muy claros: si los costes laborales se mueven indiciados a la tasa de inflación, son precisamente los precios los que acaban reduciendo la ganancia real y haciendo que los costes laborales unitarios reales tiendan a descender; pero en el caso español —a diferencia de Italia, que tiene una productividad mucho mayor— por una vía claramente peligrosa: un reducido crecimiento del PIB real por persona ocupada —Italia, casi nos triplica—, un estancamiento en la baja de tasa de actividad en que nos encontramos y, finalmente, contribuyendo a la destrucción de empleo neto y a un inevitable rebrote de la tasa de paro. ■

*La excesiva presión fiscal directa —IRPF— sobre las rentas del trabajo por cuenta ajena, conduce casi automáticamente a demandas de alzas salariales demasiado elevadas ya que, en definitiva, lo que importa al trabajador es el salario neto*

Guillermo Cid Luna es licenciado en Derecho, Filosofía y Periodismo.